
¿Hacia una era posdemocrática?

Otto Granados Roldán

Si un fantasma recorre el mundo, ése parece ser el del pesimismo. Pesimismo sobre el arreglo geopolítico internacional que surgirá después del vendaval Trump, los conflictos en Ucrania y Medio Oriente, y el futuro papel de China, India, la Unión Europea y el sistema de Naciones Unidas. Pesimismo en torno a las perspectivas de un crecimiento económico alto. Pesimismo acerca de la mitigación de la inseguridad, la violencia y el delito en muchas partes del mundo. Pesimismo respecto de un descenso en los movimientos migratorios internacionales, que seguirán alentando conflictos y pobreza en buena parte del mundo occidental. Pesimismo en cuanto a la sobrevivencia de la democracia, tal como la hemos conocido, para que no parezca a ratos, como en la metáfora de Franz Grillparzer, algo «que camina vivo detrás de su propio cadáver»¹.

¹ Cit. en Stefan Zweig. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Trad. de Joan Fontcuberta y Agata Orzesek. Barcelona: Acantilado, 2011, p. 401.

Y al final del día, como una acumulación trágica de ese rompecabezas, pesimismo acerca de cómo y cuándo el mundo en su conjunto podrá girar con una mínima dosis de serenidad, de confianza en la razón o, por lo menos, con la sensación de que es posible introducir cierto orden en las vidas de personas, sociedades y naciones.

La literatura académica ha sido abundante en tratar de identificar las señales y secuencias que sugieren el fin de las democracias; en representar la tipología de autoritarismos, autocracias y dictaduras con adjetivos; en enlistar las acciones indispensables para superar lo que para algunos puede ser un *impasse* en la arquitectura democrática e incluso en asegurar, con moderada esperanza, que la democracia puede «sobrevivir durante un tiempo prolongado», en medio de condiciones estructurales difíciles, y lograr «avances sorprendentes»². Los motores de búsqueda en Internet arrojan entre treinta y cuarenta millones de resultados a las entradas «fin» o «crisis» de la democracia; casi cuatro millones de títulos de libros publicados sobre el tema y decenas de miles de artículos de investigación que recogen las bases de datos.

Sin embargo, no se observa aún una explicación relativamente satisfactoria de las raíces del problema o que oriente la salida del laberinto porque eventualmente estamos ante un escenario muy diferente. Por ello, es necesario volver a reflexionar en torno a las causas de la crisis, el papel que la ciudadanía ha desempeñado en su gestación, la distinción entre la promesa de la democracia y la promesa del bienestar, y la posibilidad de que el resultado de este proceso conduzca a algo inédito: una *era posdemocrática* cuyos perfiles estarán mediados por un cambio, fuertemente influido por la revolución tecnológica, en la conducta colectiva y el código de valores que mueven a una comunidad.

² Scott Mainwaring. «The Third Wave's Lessons of Democracy», *Journal of Democracy*, vol. 36, núm. 2, abril 2025.

Parece un escenario contradictorio: una vez que las sociedades, sobre todo urbanas, han alcanzado y en ciertos casos superado el umbral de las necesidades materiales mínimas, el sentido de comunidad que quizá impulsó la acción colectiva se pierde, se desajusta, para dar paso al individualismo, a la soledad elegida, a la despolitización, al desprecio o, al menos, a la indiferencia por viejas fórmulas e instituciones como la norma, el voto, la democracia o la ciudadanía, que eran funcionales en el pasado pero ahora dicen poco y ya no cubren las aspiraciones más íntimas y más personales del sujeto. De ser así, estaríamos frente a lo que Gilles Lipovetsky llamó la «era del vacío», donde el derecho a realizarse corre

por otros caminos, una obra secular, la de la modernidad democrática-individualista. Ruptura aquí, continuidad allá, la noción de sociedad posmoderna no expresa otra cosa: concluida una fase, aparece otra nueva, unida por lazos más complejos de lo que parecen a primera vista a nuestros orígenes políticos e ideológicos⁵.

En otras palabras: en ese mundo confundido las personas *están* más interconectadas, pero al mismo tiempo se *sienten* más solas y rehúyen cualquier acción colectiva como es, por definición, la política.

Prácticamente todos los observatorios y estudios de opinión revelan esas disonancias, emulsionadas además con la desigualdad, la corrupción o la polarización, ante la cuestión de la democracia, algo que ciertos líderes han sabido leer, interpretar y aprovechar

⁵ Gilles Lipovetsky. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Trad. de Joan Vinyoli y Michèle Pédanx. Barcelona: Anagrama, 1986, pp. 11-13.

cabalmente. Recuérdese cómo⁴, al igual que en la primera mitad del siglo XX, los aspirantes a autócratas dictaminaban que «todos estaríamos mejor sin esas normas e instituciones. “La verdad es que los hombres están cansados de la libertad”, dijo Mussolini», por ejemplo.

Esta formulación sintetiza las conclusiones a las que han llegado la mayoría de los informes que se producen para calibrar la vigencia de la democracia y su calidad, pero no necesariamente desentrañan en dónde radica la aparente paradoja en sus términos –*democracia* *y autoritarismo también*– ni cómo resolverla en función de preservar los sistemas democráticos abiertos y competitivos, su andamiaje institucional y el Estado de derecho que los sostiene. Este desafío político e intelectual no es nuevo, de suerte que, como en otros campos, la discusión probablemente llega tarde en Iberoamérica, en tanto que el mundo cambió radicalmente en estas décadas, surgieron una cantidad importante de innovaciones y hoy se enfrenta a desafíos extraordinariamente más complejos e inasibles.

Sin embargo, más allá de disquisiciones teóricas, lo cierto es que, con diferencias y especificidades en cada región, se trata de un reto mayúsculo de cuyo desenlace, por ahora impredecible, dependerá en buena medida la funcionalidad de la vida política, la cohesión social y la cultura cívica en buena parte del mundo occidental, y, por consecuencia, es crucial interpretarlo mejor. Este artículo intenta caminar en esa dirección.

La salud de la democracia: status quaestionis

Durante los años noventa del siglo pasado, en parte como reacción a la caída del Muro de Berlín, la terminación de la Guerra Fría y el

⁴ Cit. en Anne Applebaum. «This is Why Dictatorships Fail», *The Atlantic*, april 10, 2025. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2025/04/dictatorships-trump-republicans/682387/> [Consulta: 18 de mayo de 2025].

pretendido *fin de la historia*, muchos analistas y pensadores asumieron que el desafío era cómo extender la ola democratizadora hacia lugares como Europa del Este y América Latina (ALC) y cómo lograr su consolidación en éstas y otras regiones. El mundo parecía entrar en un nuevo orden caracterizado, además, por el triunfo de un modelo de economía de mercado, abierta y con crecimiento que, bien articulado, mantenido y destilado, daría por resultado niveles de bienestar inéditos desde la Segunda Guerra Mundial. La combinación de democracia y mercado sugería en aquel momento que efectivamente había una correlación. Samuel Huntington sostuvo en distintos trabajos que el futuro de la democracia dependería de dos factores –su implantación en culturas no occidentales y el desarrollo económico– pero justo en el pliegue de esa aproximación emergió la posibilidad de que no hubiera automáticamente una relación causa-efecto y había que preguntarse si el crecimiento produce democracia, si la democracia produce crecimiento o si son variables independientes. Este dilema es de la mayor importancia para entender lo que sucedió después.

La discusión no nació en esos años. Desde 1975 se empezó a hablar de que el *triunfo democrático* alumbrado tras la conflagración estaba ingresando en una fase de crisis y era indispensable dotarlo de gobernabilidad. El incremento de las clases medias con expectativas al alza causaba reacciones al verse insatisfechas; las demandas al gobierno aumentaban, generando una sobrecarga con poca capacidad de respuesta; aparecían nuevos estilos de vida y valores sociales, entre otros componentes que estaban desembocando en una creciente desconfianza y, de hecho, en una *democracia anómica*, es decir, una especie de paréntesis en la regulación normativa habitual de la conducta social, donde en lugar de ser un andamiaje para construir propósitos comunes, se convertía en campo de batalla y de tensión de los intereses en conflicto.

En una mirada global, la evidencia muestra que, casi bajo cualquier indicador, nunca el mundo ha contado con mayores recursos de todo tipo, pero si la contrastamos con el estado de la opinión pública y la democracia, aparecen disonancias entre aquellos progresos, que eran y son reales, y la percepción de las personas o la forma en que los vivían de tal suerte que influían en su valoración acerca de la situación de sus países o de sí mismos. Esa contradicción plantea que estemos hablando de dos cosas distintas: una *democracia de mínimos*, condensada en un régimen político diseñado exclusivamente para la elección de gobiernos mediante el voto, o una *democracia de máximos*, un «sistema de vida» construido como un ideal. En esta lógica binaria, demasiado ambiciosa en un mundo tan complejo, puede estar la raíz de la confusión y el malestar. Puesto en términos de Juan Linz y Alfred Stepan: cuanto más se crea que «alcanzar una política democrática hará que se obtengan todos los demás bienes, más grande será el desencanto final»⁵. Todos los estudios levantados en la última década son ilustrativos al respecto.

Por ejemplo, si ALC está en la etapa de «recesión democrática», usando el eufemismo de Larry Diamond, el siguiente interrogante es si realmente la región vivía en una democracia plena, una democracia defectuosa o una fachada donde, con la excepción de algunos países, hay elecciones periódicas libres, competitivas y razonablemente justas. Todo sugiere más esto último y, en ese caso, la duda es si tal recesión, como su nombre lo indica, es pasajera o llegó para quedarse.

⁵ Juan Linz; Alfred Stepan. «Toward Consolidated Democracies», *Journal of Democracy*, vol. 7, núm. 2, abril 1996. Disponible en: <https://www.journalof-democracy.org/articles/toward-consolidated-democracies/> [Consulta: 13 de junio de 2025].

La conjetura de reducirla al hecho de que quienes mandan en las democracias latinoamericanas solamente son las élites, los liderazgos personalistas, la corrupción y no «el pueblo» es real pero insuficiente porque deja fuera los factores económicos, una ciudadanía débil –en la cual subyace cierto cinismo, la actitud del «todo vale» o un déficit en la educación para la democracia–, y problemas añejos como estados, instituciones y políticas públicas ineficientes que tienen un impacto real sobre el bienestar de las personas. Cualquiera que sea la explicación, el desencanto lubrica los sentimientos antisistema y esos liderazgos, por su parte, se ven estimulados a actuar por fuera de las reglas del juego democrático o cambiarlas a discreción. Como escribía Richard Ford⁶:

El autoritarismo no es un mito, y una de sus características iniciales más siniestras y destructivas es que no se anuncia como lo que es, sino como una solución directa, rápida, racional e inevitable para todo lo que aqueja a la gente y a su país. En ese sentido, y en muchos otros también, funciona de manera opuesta a la democracia.

Es decir, si la recesión democrática pudiera corregirse tan sólo con el reemplazo de mandarines y autócratas sería el camino fácil, pero la ciudadanía quiere algo más que la libertad de votar: empleos más dignos, mejores ingresos, más oportunidades, y ese camino es mucho más largo y no está en la papeleta electoral. Como al final el día de la política es sentido de propósito y asignación de recursos, y si bien la causalidad entre democracia y desarrollo socioeconómico no es concluyente, parece claro que la

⁶ «America Could Fail. I Have Never Felt this Way Before», *The Irish Times*, october 31, 2020. Disponible en: <https://www.irishtimes.com/culture/books/richard-ford-america-could-fail-i-have-never-felt-this-way-before-1.4388465> [Consulta: 2 de junio de 2025].

calidad de la democracia y la estabilidad política (o su ausencia) son un factor muy significativo del crecimiento económico al menos en buena parte del mundo.

Destrabar esta disonancia no tiene solución sencilla. La percepción de la democracia no ha logrado inocularse socialmente como un régimen moral, política y culturalmente superior e intrínsecamente mejor que los demás, sino más bien subsiste una visión utilitaria, sujeta a externalidades –las condiciones socioeconómicas del ciudadano– que puede sintetizarse en un argumento caprichoso pero recurrente: «si me va bien, valoro la democracia; si no, no me importa quién y cómo gobierne». Allí está un déficit pedagógico que se convierte en trampa política: la sociedad responsabiliza a la democracia por satisfactores como los ingresos crecientes o los empleos bien pagados cuando en realidad éstos dependen de otros instrumentos como gobiernos honestos y profesionales, políticas públicas eficientes, educación de gran calidad o circunstancias internacionales favorables, entre otras cosas.

Cuando se confunden ambas pistas estamos en el horizonte seguro hacia un sistema democrático en apariencia pero autocrático en la práctica, como parece estar ocurriendo, y es entonces cuando debiera operar lo que Diamond⁷ llama la «ley de la gravedad política»: para evitar que las autocracias ganen y destruyan instituciones «la democracia debe generar alguna medida de prosperidad económica y oportunidades, al tiempo que contiene la corrupción, el crimen y el abuso de poder». La ecuación de Diamond quizá sea teóricamente correcta, pero como en las duras complejidades de la política real es difícil armonizar ambas condiciones, entonces la ansiedad colectiva privilegia la primera (la promesa de prosperidad económica) y normaliza la segunda (el abuso y la corrupción

⁷ Larry Diamond. «Power, Performance, and Legitimacy». *Journal of Democracy*, vol. 35, núm. 2, abril 2024, pp. 5-22.

reales) al menos mientras no lleguen las crisis económicas a golpear duramente a los votantes. Peor aún: varios de los líderes con más alta aprobación en el mundo no cuentan con altas credenciales democráticas ni sus países son ejemplares en materia de crecimiento económico, seguridad o educación de calidad.

¿Hay una interpretación racional para esas paradojas? Desde el punto de vista de la ciencia política probablemente no; la cuestión entra de lleno al terreno de la cultura cívica, la psicología social e incluso los misterios de la condición humana.

Por su parte, como las alternativas llamadas de «centro» olfatean dónde está la rentabilidad electoral, se han desplazado hacia los extremos intensificando la polarización y provocando, desde el punto de vista electoral, un «clivaje», término que suele usarse en el léxico electoral para definir las claves en torno a las cuales se alinea, divide o fragmenta una comunidad política. Dicho de otra forma: si toda campaña se decide en función de una disyuntiva, entonces la estrategia consiste en identificar con precisión ese clivaje de suerte que las opciones en contienda logren representarlo y atraer hacia sí a la mayoría de los votantes. Y volvemos a la misma trampa, la de la subasta electoral: ¿quién me da más sin importar el método o la ruta?

Desafección y desencanto democrático: una aproximación al problema

En el último cuarto de siglo, tras la última etapa de transiciones y alternancias, sobre todo en ALC, se ha acentuado la discusión acerca del papel que juega la cultura, o, mejor dicho, su déficit, en el desarrollo político de un país. El tema de su relevancia para la consolidación democrática ha producido una extensa literatura académica, cuyo denominador común es que los países con niveles

más altos de cultura cívica representan una combinación de características: una cultura participativa, mayor involucramiento con la política, grados importantes de confianza, trabajo voluntario en asociaciones comunitarias, orgullo por sus sistemas de servicios públicos y la convicción de que es posible influir sobre las decisiones gubernamentales. Muy poco de eso, por cierto, aparecía (y aparece) en ALC.

Para identificar y explicar el comportamiento político de los ciudadanos a la luz de la globalización, la expansión democrática, la urbanización, la revolución tecnológica y la economía de mercado, el componente cultural siguió siendo, junto con el crecimiento económico y la cohesión social, uno de los requisitos fundamentales para que una democracia funcione. En ALC, los perfiles de este fenómeno han sido varios. Unos tienen que ver con el sentimiento que parece experimentar la sociedad latinoamericana por lo que percibe como una falta de resultados de las transiciones democráticas. Otros, están relacionados con el comportamiento de los ciudadanos frente a la ley, la política, el gobierno, los valores y las instituciones.

En cualquier caso, la pregunta central es si la debilidad de la ciudadanía y de la cultura política, y, en particular, la existencia de eso que Guillermo O'Donnell⁸ llamó «ciudadanía de baja intensidad», puede esclarecer el debilitamiento democrático o, en modo optimista, simplemente hace más lento su arraigo en el tejido social y ciudadano. Mientras se decanta la respuesta hacia un lado u otro, ascienden al poder regímenes que combinan elementos más o menos democráticos, pero que en cualquier caso violan el componente liberal de la democracia y facilitan, bajo ciertas condiciones como propone Anne Applebaum, que «cualquier sociedad puede

⁸ Ver, por ejemplo, Guillermo O'Donnell *et al.* (eds.). *Democracia, desarrollo humano y ciudadanía*. Santa Fe: Homo Sapiens Ediciones, 2003.

dar la espalda a la democracia. De hecho, si nos hemos de guiar por la historia, a la larga todas nuestras sociedades lo harán»⁹.

Entonces ¿cómo lograr que una sociedad alcance una cultura cívica de tal calidad que sea eficaz para que una democracia sobreviva y se consolide? Para empezar, el desafío, como hemos dicho, no es menor ni se reduce a una sola variable. Como era natural, en muchos países, tanto de ALC como de Europa del Este, las transiciones desencadenaron un amplio abanico de reacciones tanto en el imaginario colectivo como en los actores políticos, sin considerar que los nudos estructurales de los sistemas políticos y económicos y del propio tejido social hacían casi imposible esperar cambios dramáticos, radicales o rápidos. Muchos de los saldos actuales como la desigualdad y el malestar ciudadano tienen su origen en esa incapacidad para articular un círculo virtuoso entre economía, política y cultura, y ha sido caldo de cultivo de discursos mesiánicos, nacionalismos exacerbados y promesas irrealizables que, sin embargo, encuentran terreno fértil para el resentimiento en amplios grupos sociales y se expresan en las urnas.

Cuando algunos líderes aseguraron que la democracia era *un vaso de leche* o el pase automático para la prosperidad y la felicidad, sembraron en la sociedad la creencia de que *esa* democracia dotaría de *todos* los satisfactores y no sólo de *uno* –la elección libre de sus gobernantes y la transmisión pacífica del poder–, silogismo que, al no ocurrir en esos términos, produjo una entendible frustración en el ciudadano. Lo explicó bien Alain Touraine: con la democratización y las políticas liberales

limpiamos el refrigerador; ahora el refrigerador está limpio, pero vacío. Esto plantea las nuevas interrogantes a la democracia. Un

⁹ Anne Applebaum. *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Trad. de F. J. Ramos Mena. Barcelona: Debate, 2021, p. 22.

mundo abierto, no controlado, imprevisible, es exactamente lo contrario de la democracia. ¿Por qué? Porque cultura de masas es información, estandarización y, como reacción a ello, defensas de identidad de diverso tipo que no son exactamente democráticas¹⁰.

¿Quiere esto decir que la alternancia electoral no sirvió o la democracia es ineficiente en sí misma? Por supuesto que no. Su contribución ha sido decisiva para el establecimiento de marcos legales de carácter democrático, arreglos políticos civilizados y ampliación de las libertades civiles. Pero la experiencia muestra que los países requieren, también, instituciones fuertes y funcionales, sociedad civil responsable y autónoma, políticas públicas eficientes, y ciudadanos respetuosos de la ley y los valores democráticos. En síntesis: si se quiere que la democracia sobreviva, la práctica de una nueva pedagogía de sus alcances y limitaciones será indispensable.

Las razones y las causas: una exploración

Hasta aquí, parece claro que el deterioro democrático no debe ni puede ser reducido, de manera mecánica, a los problemas canónicos, que sin duda tienen un peso específico, pero conviene explorar otras aristas. El primer tropiezo ha sido la combinación de expectativas desmesuradas y no satisfechas. Pero el segundo radica justamente en uno de los fundamentos esenciales de la normalidad democrática y del sistema de valores en que una sociedad cree: el

¹⁰ Otto Granados Roldán. «Una conversación con Alain Touraine», *Nexos*, 10 de junio de 2023. Disponible en: <https://redaccion.nexos.com.mx/la-democracia-en-la-sociedad-de-la-informacion-una-conversacion-con-alain-touraine/> [Consulta: 2 de mayo de 2025].

respeto que la ciudadanía sienta, tenga y practique por la ley y las instituciones, un aspecto donde el déficit es profundo, como puede verse por ejemplo en los informes anuales del World Justice Project.

Una tercera posibilidad tiene que ver con una combinación de anomia generacional, con el surgimiento de nuevas formas de mediación tecnológica, social y política, y con el reacomodo de las prioridades de las personas en tanto ciudadanos e individuos. En este sentido, resulta interesante observar que el progreso parece más difícil de entender cuando se producen fenómenos como el «desempoderamiento de las personas», que se enfrentan ahora ante nuevas configuraciones de «complejidad e interdependencia globales, incertidumbre, inseguridad y polarización»¹¹ y cuyas capacidades para determinar por sí mismas lo que significa vivir una buena vida, incluidas sus responsabilidades, se ha visto mermada de muchas maneras, dando lugar a preferir el «yo» al «nosotros» como un mecanismo de autodefensa ante un escenario incontrolable. Acompañado además de nuevas formas de interacción, organización y participación ciudadana, y una vida pública con crecientes grados de *desintermediación*, donde ni las instituciones ni los partidos importan, que prefigura formas de expresión desconocidas, lo que sugiere, tal vez, que estemos entrando a vivir en una especie de sociedades posdemocráticas.

Es en este sentido que el malestar y la indiferencia con la democracia pueden entenderse como la expresión de eso que algunos llaman la paradoja de Tocqueville, es decir, que con la mejora en las condiciones materiales de vida también se multiplicaron las aspiraciones como consecuencia de la modernización, provocando un sentimiento de ansiedad, y «lo que ayer parecía razonable se

¹¹ UNDP. «Romper el bloqueo: Una instantánea del Informe sobre Desarrollo Humano 2023-2024». Disponible en: <https://stories.undp.org/salir-del-estancamiento> [Consulta: 16 de junio de 2025].

vuelve ahora insoportable», entre otras cosas porque se enfrenta con «un sistema político que alentaba las expectativas, pero con un sistema económico que era incapaz de satisfacerlas»¹².

¿Tiene futuro la democracia?

Si el presente aún no es historia y tiene caminos más realistas, la pregunta final es qué hacer con la democracia que tenemos. La singular radiografía social y política repasada muestra que el camino hacia una plena normalidad democrática y la construcción de los consensos necesarios para asegurar la gobernabilidad eficaz a mediano plazo es todavía largo e impredecible. Por lo pronto, lo urgente hoy es preservar la democracia existente, dotarla de nuevos contenidos y satisfactores en un contexto de políticas públicas efectivas y con un adecuado nivel de legitimidad, de una ciudadanía de alta intensidad, y de una gestión gubernamental moderna, efectiva y responsable. En suma, se trata de contar con una *democracia sostenible*.

Iberoamérica tendrá que repensar su democracia porque en el futuro ésta será distinta. Por un lado, el mundo vive aceleradamente la transición de una política de ideologías e intereses a otra de *causas* –género, derechos humanos, medio ambiente, derechos de los animales, bioética– e *identidades múltiples* –etnia, lengua, religión, cultura– y, por tanto, los sistemas actuales de mediación partidista perderán vigencia porque el ciudadano actuará políticamente de manera transversal, jugando roles diversos a la vez y reinventando el ejercicio de ciudadanía de una manera más viva y autónoma frente a las instituciones tradicionales.

¹² Carlos Peña. «El malestar en la modernización: el caso chileno», en Carlos Peña y Patricio Silva (eds.), *La revuelta de octubre en Chile. Orígenes y consecuencias*. Santiago de Chile: FCE, 2021, pp. 24-27.

Y, por otro, la ampliación en el acceso y uso de las nuevas tecnologías está configurando una fórmula muy potente de expresión directa, que ya no transcurre por partidos ni otras organizaciones convencionales y que no acudirá a votar, al menos de manera mayoritaria, porque para cuando toque una elección ya habrán sucedido las cosas que le importan. Las elecciones no desaparecerán, serán tan sólo un acto de convalidación de decisiones públicas perfiladas con antelación. De ser así, la normalidad democrática tendrá probablemente una significación más bien estética. Iberoamérica llegó a la democracia, sí, pero quizá tardíamente cuando ésta ha dejado de ser instrumental para alcanzar otros satisfactores.

Aún así, será necesario un enorme esfuerzo de todos los actores para defender y fortalecer los valores democráticos. Por lo pronto, las perspectivas son muy preocupantes y se corre el riesgo de que la recesión democrática en muchos países derive en una espiral de franco deterioro político, institucional y cívico, y caiga por consecuencia en una trampa peligrosa de la que no será fácil salir: convertirse en una colección de democracias formales sin demócratas reales.

O. G. R.